

No tremendo, no adusto
revives: del fragor de la pelea
descansas ya... Mas tutelar y augusto
doquier se alce tu busto,
con plácida elación se enseñorea;

y en tu serena altura
mártir perdonas, y recibes culto
sublime en tu dolor sin amargura;
de lisonja perjura
libre por siempre, y de cobarde insulto.

Y tu nombre en su vuelo
más que el de antiguos semidioses crece
en tu edad misma y en tu propio suelo;
¡Y tu historia sin velo
las grandezas que fueron oscurece!

El divinal aliento,
que anima la materia y transfigura;
nobilísimo humano sentimiento;
final recogimiento;
cuanto al alma enaltece o la depura,

en mística amalgama,
cual vago nimbo de tu excelsa frente,
no imitación, veneración reclama:
el que Padre te aclama,
mezcla de orgullo y de vergüenza siente.

¡Libertador! Delante
de esa efigie de bronce nadie pudo
pasar, sin que a otra esfera se levante,
y te lllore y te cante,
con pasmo religioso, en himno mudo.

MIGUEL ANTONIO CARO